

Una desaparición sospechosa

Las suegras de las pantallas

EN este territorio donde vivimos, y en los demás, en todos los demás, la «pantalla» se ha convertido en un —digamos— vehículo «cultural» decisivo, y más la «pequeña» que la «grande». El vecindario lee poco, y mira y oye mucho. Voy poco al cine, y no me atrevo a generalizar acerca de los temas de la «pantalla grande». Pero sí que soy, de momento, un cliente asiduo de la tele. No me avergüenzo de confesarlo... Cada cual se distrae como puede, y la televisión, al fin y al cabo, es gratuita, no obliga a salir de casa, y uno apaga el aparato cuando llega a un determinado grado de irritación, sin que la cosa tenga mayores consecuencias. Los funcionarios de Hacienda ya han anunciado que nos van a cargar un canon — en pesetas— por disponer del aparatito. Hacernos pagar por tanta idiotez como impartir ya es un insulto, y sólo el vecindario con propensiones masoquistas conservará el televisor contribuyente. O el otro vecindario: el alienado... Pero no es de eso de lo que quería hablar hoy a mis lectores.

Yo no sé si ustedes se han fijado, pero me parece que la ausencia de las suegras en los telefilmes americanos que nos sirven es un dato digno de reflexión. Y no sólo de las suegras —el suegro no es un personaje demasiado interesante, excepto en los dramas rurales y en los novelistas del Romanticismo—; también los papás y las mamás en su rango de abuelos. De entrada, los protagonistas permanentes de los seriales yanquis no acostumbran a tener familia. La tienen, pero no nos la exhiben sino en algún episodio excepcional. Se procura que el héroe-detective sea soltero, por ejemplo. Liga de vez en cuando, pero sin llegar a la vicaría o la oficina civil. Los policías telefilmados carecen de suegras, e incluso de progenitores. Sólo si mueren en acto de servicio nos muestran a la viuda y a los nenes. Nunca a las suegras. En las historietas acarameladas ocurre lo mismo, tanto si son sentimentales como cómicas. La «familia» por definición se reduce a un matrimonio bastante joven y a unos hijos a lo sumo adolescentes, con episodios más o menos aflictivos —en general, menos— de discrepancias generacionales. Si alguna vez sale algún abuelo, es de relleno. Y la suegra...

Bueno: la suegra tiene una larga tradición de broma y de odio. La suegra, habitualmente, es la madre de la esposa. También la madre del marido, pero no tanto. La perspectiva «machista» de las producciones televisivas multinacionales se ceban en la suegra: una señora estafalaria, remota, que un día llega de visita, y precisamente para incordiar al yerno. Casi nunca se nos presenta como la abuela de sus nietos. Si los telefilmes no se inspiran en el «lumpen» italiano o irlandés, el televidente celtibérico saca la conclusión de que en los Estados Unidos no

hay suegras. ¿Qué hacen con ellas? El convencionalismo del género suele dar por descontado que viven en otro sitio, y que se lo pasan la mar de bien con otras suegras descartadas, jugando a la canasta o haciendo obras de caridad. Rara vez nos las manifiestan en un asilo, por decirlo así. Y es que en la Norteamérica televisiva no hay espacio para las suegras. Las peripecias, criminales o amorosas, suelen ocurrir en departamentos de un par de habitaciones: sólo habitable por la pareja —o la pareja y el tercero— que llenan el episodio. Sólo cuando se trata de gente muy rica y con viviendas suntuarias, con muchas habitaciones para el asesinato o la lujuria, hay un rincón para la suegra. Pero no siempre. Las suegras se acabaron con las novelas de Agatha Christie.

La suegra del sainete tiende a desaparecer en la dramaturgia televisiva; la suegra del drama, también. Y, con todo, la suegra existe. Ya se sabe: salvo error u omisión, cada niña que nace, si la biología no falla, está condenada a ser suegra un día u otro. Todo es cuestión de tiempo y de fecundidad. La nuerza tradicionalmente engallada frente a su suegra, será a su vez una suegra harpía, o una suegra bondadosa, pero una suegra. Mientras ese invento del matrimonio funcione, y la especie haya de perpetuarse a través de tal institución, habrá suegras: habrá padres y madres, hijos, hijas, nietos, abuelos, y hasta bisabuelos, y suegros y suegras, y más suegras que suegros... Lo curioso del asunto es por qué, en las «pantallas» grandes y chicas, hay una voluntad explícita de ignorar a las suegras. Las exhiben fugazmente como abuelitas de sus nietecitos, con ternura o con irritación. No importa. En la ducha diaria de RTVE, ni los más siniestros negros delincuentes de Harlem tienen una suegra. Quizá no la tienen: no lo sé. Mi experiencia en asuntos de suegras es de mero espectador. Y no sólo mediante la pantalla.

Las suegras de mis amigos suelen ser señoras afables, más o menos feroces en algún aspecto, pero, en esta sociedad, todavía no constituyen ningún problema. O sí: lo constituyen a medida que se degrada la condición social de la familia. Una suegra rica será mandona e independiente, y puede cohibir a sus yernos y a sus nueras con la amenaza del testamento. Una suegra pobre, en cambio, es un doble dolor: el de ser suegra y el de ser pobre. La han de alimentar, le han de soportar sus naturales impertinencias, la aguantarán hasta que se muera, y si pueden, la remitirán a un hospicio. No es ninguna novedad, pero me temo que la cantidad de suegras «asiladas» es, hoy, en porcentajes, muy superior a cualquier época pasada. Antes, la suegra-abuela era una institución, incluso en el chocheo; hoy es una rémora. Los suegros no caben en los pisos que compran

los jóvenes matrimonios de la clase media inferior, que, además, procrean sin ton ni son. Y la suegra no sólo es una vieja: es, primordialmente, una suegra.

En los medios rústicos, todavía el mecanismo encuadra con la tradición, y los viejos, aunque sean suegros, son objeto de un relativo respeto. Las áreas urbanas son más crueles. No sé lo que dirán los sociólogos eminentes, pero a mí me parece que la «familia» es una entidad que sólo puede subsistir en condiciones de un ámbito «pre-industrial». Cuando suegra y nuerza, rurales, se enfrentaban violentamente, todavía se sentían «parentela». En las zonas donde predomina la industria y el llamado «terciario», y no importa a qué nivel, la «familia» empieza a dejar de ser familia: tribu. La suegra es una entidad superflua. Y la nuerza no se siente nuerza. Lo mismo que el yerno. La nuerza y el yerno ya tienen bastantes problemas con sus infiatos, que van a su aire, con un desdén apreciable contra la inmediata instancia de la paternidad. Si, encima, han de soportar a las suegras, ya el lío es inconmensurable. Los matrimonios maduros se quejan cada día: se quejan de sus hijos díscolos y de sus suegros incómodos. Quizá los chicos, dentro de unos quinquenios, consigan abolir la categoría de las suegras. Si no, se fastidiarán.

Y no porque las suegras, en sí, sean fastidiosas. Dios me libre de afirmarlo. Pero las próximas generaciones, a la corta o a la larga, tendrán un concepto de la «familia» muy distinto del nuestro. En los telefilmes de nuestro consumo cotidiano, las suegras neocapitalistas no viven en asilos, ni en casa de los yernos. Constituyen una fauna extraña, ajena a encuestas y a arrebatos. Sigo refiriéndome al muestrario de las pantallas. ¿Van a más? Van a la peluquería, y procuran disimular las erosiones del pelo, del cutis, de la cintura. A las suegras campesinas, y a las tenderas, se les daba un camino estas cosas. Ellas eran las amas, a su modo. Todo el feminismo excitado que nos rodea, y al cual doy mi apoyo, no ha de olvidar que, en definitiva, las mujeres mandan: la «Lysisitrata» de Aristófanes es una caricatura de una realidad. Las sociedades occidentales, pese a ser tildadas de «machistas» —o «patriarcalistas»— han sido fundamentalmente matriarcales. Los chistes a costa de las suegras no han impedido que las suegras sean suegras, y que las hijas de las suegras se conviertan en suegras, y sus nietas...

Si los telefilmes norteamericanos orillan a las suegras, por algo será. Y cuando las barbas del vecino veas rapar, pon las tuyas a remojor.

Joan FUSTER

La calle y su mundo

Marimacho

Tiró a degüello y acertó plenamente. (De los periódicos)

«Las mujeres venezolanas deben hacerse respetar de tantos abusadores como hay por ahí», dijo con la mayor tranquilidad, María, después de decapitar a un tal García que tuvo la mala ocurrencia de amenazarla si no accedía a sus pretensiones deshonestas. El gallo García se presentó blandiendo un machete tropical, extraño argumento en la tesitura de solicitar favores de alcoba; y ella, «en un descuido», echó mano de otro acero y le propinó un formidable tajo en el cuello. El crimen derrama un subido ruralismo, que nosotros intuimos de origen hispano. La fémina tiene casi cincuenta años y debe estar de buen ver. Aun sin saber si es menuda o corpulenta, la vamos a calificar de marimacho, ya que ejecutó un acto hombruno y ferroz. Rebanar una cabeza en tales circunstancias denuncia temple y serenidad, así como un hábil manejo de las armas blancas.

Se sospecha que no estará demasiado tiempo en chirona, pues a última hora ha defendido su honor contra un gachó que, a falta de elementales requisitos para conquistar a una dama, ausentes las dulces palabras, escamoteado el envío de flores, renunciando a dejarse querer, aparece enarbolando un cuchillo bayoneta y amagando de esta guisa. Su calentura le valió estar a seguido de cuerpo presente. ¡Qué barbaridad! El ya no tiene remedio, ¡pobre García!, pero ella, tras el delito y

sus atenuantes, acaso quede marcada y cobre un aspecto hurafío, de vieja arpía, y la gente le escape. Porque si bien se mira, pudo con mimos y zalemas desarmar a semejante tenorio y camelarlo y llevarlo a su terreno, que es lo que suelen hacer las veteranas del amor fugitivo, pero María optó por la acción directa. Es el criollismo iberoamericano.

Cabe incluir a esta venezolana de rompe y mata, y facón en la diestra en una galería de mujeres varoniles o marimachos, de pareja complejión a las manolas matritenses de 1808, la Verata de Plasencia, que enamoraba a los hombres y los mataba después de una noche, una sola noche de placer y otras amazonas que capitanearon bandidos y se mostraron impasibles ante el derramamiento de sangre. No podemos en cambio inscribirla en un catálogo de capadoras, chupadoras de jugos venenosos, que elaboran filtros y bebedizos y componen pócimas e incluso adivinatoras y barajeras. Se trata de grupos antagónicos y divergentes. María debe ser una mujer que coge su caballo y se va a pasear, con el machete al cinto, escopeta de dos caños y canana repleta. Uno no puede remediar su simpatía por esta hembra campera, que resuelve cualquier situación con agallas. «A las mujeres se las respeta», son unas hermosas palabras que pronunció al ser detenida. El lance tiene un cierto aire arcaico, como de tierra estremecida, como de lejano colonialismo... — ERO.

LOEWE

PASEO DE GRACIA, 35

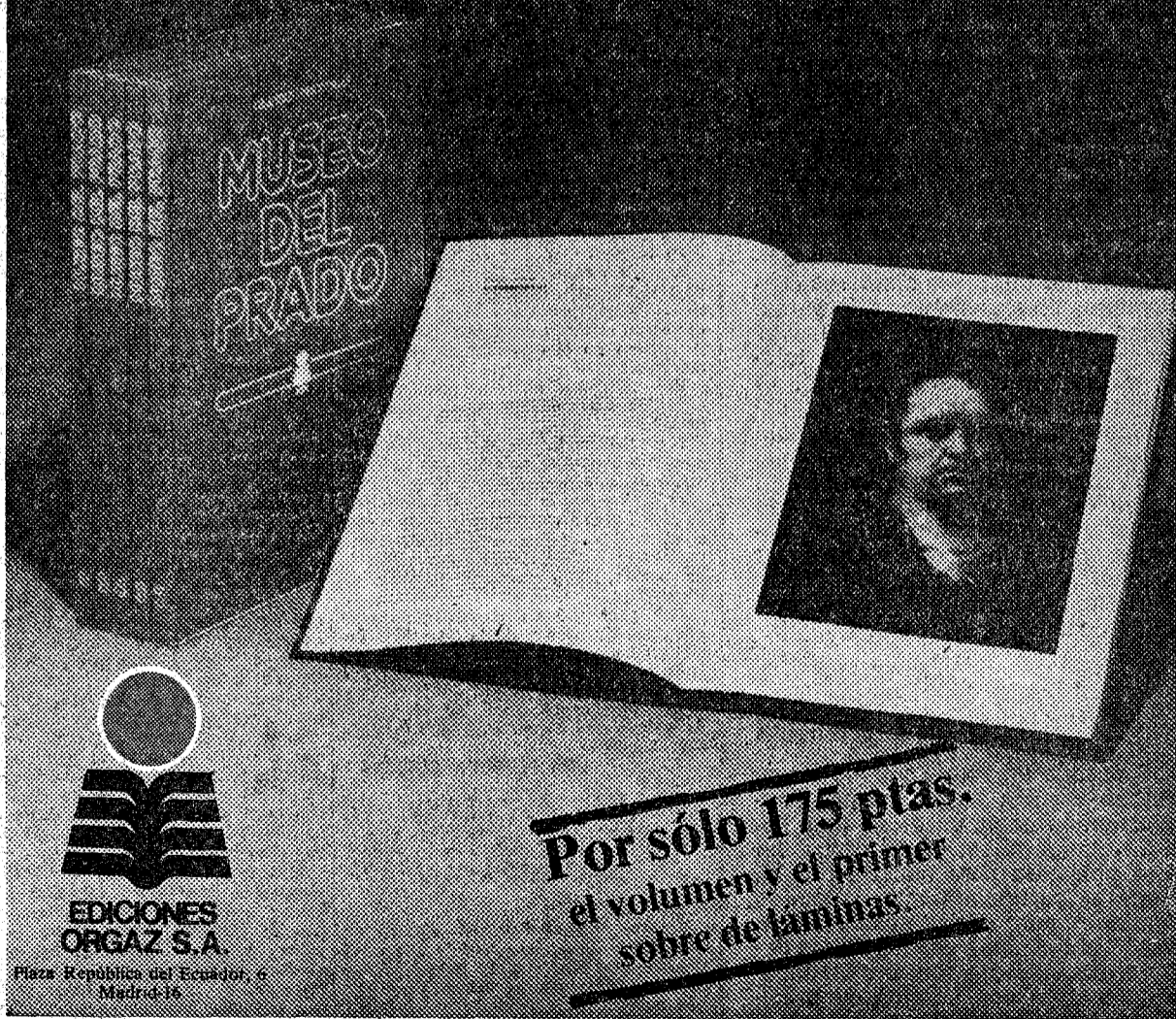
PRESENTARA

su colección «Prê-à-Porter» y sus creaciones de Otoño-Invierno, los días 3, 4 y 5 de octubre. a las 4.30 tarde

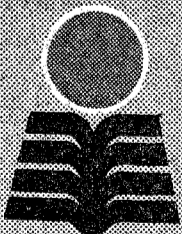
RIGUROSA INVITACION

ATENCION COLECCIONISTAS

Ya está a la venta
el IV Tomo de la colección:
"Grandes Pinacotecas:
EL MUSEO del PRADO"



Por sólo 175 ptas.
el volumen y el primer
sobre de laminas.



EDICIONES
ORGAZ S.A.

Plaza República del Ecuador, 4
Madrid 16.

Modistería MARBEY

Le ofrece en sus clases confeccionarse usted mismo sus propios modelos con facilidad. Venga a visitarnos en Infanta Carlota, 153, entlo. 3.º Tel. 250-00-48

HERNIAS

APARATOS HERNIUS AUTOMATICOS, sin tirantes, a medida y molde
Bajo prescripción facultativa V.C.C. 20 - 1741
GABINETE ORTOPEDICO HERNIUS. 34, Rbla. Cataluña, 34, pral.